

Solórzano como Hamlet y lo mismo Rosa María Obregón como la Reina, y cumpliendo, sin más porque no se podía hacer otra cosa, Cristina Rubiales y José Cortés. Broido acertó también en la selección de trozos musicales o de ruidos incidentales, y Benjamín Villanueva no se rompió la cabeza para elaborar la escenografía y el vestuario.

31 de mayo de 1970

¿QUÉ PASÓ, EMILIO?

Desde esta misma columna defendí “a capa y espada” la obra de Emilio Carballido titulada *Acapulco los lunes*, que un funcionario muy menor pretendía que se prohibiese, pretensión que no tuvo el menor eco, como debe ser, en los funcionarios mayores e inteligentes. Si el señor Víctor Moya hubiera dicho que la prohibición partía porque la comedia era muy deficiente y echaría a rodar el enorme prestigio que como autor ha sabido ganarse Emilio Carballido, y que como un error lo puede tener cualquiera, hasta el más talentoso, bueno sería que sus amigos se opusieran a que dicha comedia se estrenase. Si esto hubiera dicho don Víctor el censor, en lugar de alegar moralidad y otras zarandajas, si esto hubiera dicho . . . tampoco lo hubiese yo apoyado, porque estoy contra cualquiera prohibición sea cual fuere el motivo; todo el mundo debe tener la libertad necesaria para triunfar o fracasar sin que nadie se interponga. En este caso fracasó don Víctor como censor, puesto que la obra se puso, y Carballido tuvo un tropiezo en su espléndida carrera como autor, que no es para mesarse los cabellos ni para exclamar, como alguien lo hizo la noche del estreno, que “comenzaba la decadencia de Emilio”. Nada más falso: Carballido está en pleno auge mental y aún nos dará muchas y excelentes comedias como *Te juro*, *Juana*, la mejor farsa que se ha escrito en México. Hace diez u once años este autor mexicano tuvo un tropezón semejante, o quizá peor, con una obra titulada *La hebra de oro*, y después de ella vino

lo mejor hasta ahora de la producción de Emilio. Quizá *Acapulco los lunes* marque el fin de un estilo seguido desde *Silencio, pollos pelones*, *Yo también hablo de la rosa* y *Te juro Juana*, y comience otra nueva etapa de obras magníficas todas. Así lo creo y así lo espero y así se lo exijo a Carballido y a su talento.

Alguien ha hablado de que *Acapulco los lunes* es un *collage*, y otro carballidista más entusiasta la calificó de *happening collage*, lo que es el colmo de la pedantería, del rebuscamiento y de la ignorancia. Si por *collage* ahora se entiende una serie de cuadros de revista del Lírico, que Carballido fue escribiendo como ensayos, como pasatiempos, como necesidades de escritor, sin pensar que tenían valor alguno, pero que al leerlos a sus fanáticos le hicieron creer que eran maravillosos y graciosísimos, y si por *happening* se entiende a siete u ocho actores vestidos estrafalariamente y bailoteando por el escenario y cantando tonterías, entonces *Acapulco los lunes* sí es un *happening collage*, frase que ya no se caerá de la boca de los jóvenes parásitos del teatro. Como ya he dicho en múltiples ocasiones, soy totalmente “fresa” y me quedé con el lenguaje de los cuarentas, así que lo único que se me ocurre para calificar esta comedia es la palabra “vacilada”. Y como pienso que Carballido no tiene derecho a vacilar en el teatro, salí del estreno algo decepcionado, no tanto por Emilio, que como ya dije escribirá otras comedias magníficas, sino por los corifeos que llenaban el salón y que se desgañitaban gritando bravos, sin darse cuenta que en lugar de alentar a Emilio, le hacen un daño. Por fortuna, creo que el autor mexicano en cuestión tiene la suficiente dosis de autocrítica para no escuchar esos bravos nacidos de un cariño desmesurado y perjudicial, y atender la crítica de quienes lo consideramos, sin gritar, el mejor autor contemporáneo en nuestro país y le decimos con un grande pero mesurado cariño: ¿Qué pasó, Emilio?

Entre una escenografía más adecuada para Enrique Alonso, vemos desfilar una interminable serie de *sketchs* conocidos hasta la saciedad, vemos un Acapulco irreal, que sigue siendo para turistas, visto cómodamente desde una ventana del hotel Hilton, con sus *latin lovers*, sus ancianas insatisfechas, sus turistas ebrios y toxicómanos. Todo eso es Acapulco, es cierto, pero existe otro más sólido aún, más auténtico, que Carballido no conoce.

Luego entonces, su comedia se queda en la superficie, en el lugar común, en la inutilidad misma, en el divertimento para muchachitos de Mustang, en el amontonamiento de malas palabras para impresionar a los censores y a un público de sábado por la noche. Vemos a un lancharo no como los que vienen buscando las Ava Gardner y que existen y son personajes dignos de una obra o de una novela, sino a un *latin lover* como lo verían los productores cinematográficos; vemos a una anciana en busca de sexo muy semejante a cualquiera de la larga serie descrita hasta el aburrimiento por Tennessee Williams en sus épocas gloriosas; vemos a una pareja de jóvenes turistas inadaptados, cobardes e imbéciles que se quedan en la superficie, en el chiste rápido, en el beber a cualquier hora y en hablar un detestable inglés y un no menos detestable español al querer entonar como norteamericanos, y alrededor de ellos los típicos turistas tontos que se dejan engañar hasta con el truco de los ídolos prehispánicos. Y en medio de todo este intento de acercamiento al Acapulco auténtico, o a Mar de Plata, o a Biarritz, o a San Sebastián, o a cualquiera de esos “centros de veraneo”, un grupo de comparsas verdaderamente lamentable que intenta cantar, bailar, actuar y nada consiguen porque no tienen personaje, ni dirección, ni motivo. Como remate de todo lo anterior, dos horas y media de espectáculo en el que los diálogos se arrastran, la acción marcha en silla de ruedas o en muletas y nada de lo que ocurre o se dice tiene interés o importancia.

La dirección de Dagoberto Guillaumin se propuso hacer más cansada y más inútil la comedia, y lo consiguió plenamente. Por fortuna, vimos una de las mejores actuaciones que haya tenido jamás doña Virginia Manzano y la mejor, sin duda alguna, de Pilar Pellicer. Luis Miranda hace cuanto puede para sacar adelante su acartonado personaje y lo consigue la mayor parte de las veces, por lo que su labor es más meritoria aún. En cambio Braulio Zertuche, se muestra inseguro, más falso que un tepalcate en sus pretendidos tonos norteamericanos, monótono en su constante lloriqueo. Enorme diferencia entre este Braulio y el de *Te juro, Juana*. En fin, me ha dolido mucho tener que hablar mal de una comedia de Emilio Carballido, y cuando pasan estas cosas es cuando el oficio de cronista teatral se vuelve insoporta-

ble (más de lo que ya es de por sí), pero repito que sigo creyendo en el talento de este autor y que todavía veremos muchas obras verdaderamente importantes y divertidas o no, pero dignas de llevar el nombre de Emilio Carballido.

12 de julio de 1970

BURLARSE DEL PÚBLICO

Hace doce años decidí casarme, pero me di cuenta con gran sorpresa que para hacerlo no bastaba tener la novia y su consentimiento, sino que hacía falta más dinero del que yo había visto reunido en sueños. Como mi decisión era firme, la novia estaba pedida y dada con un suspiro de alivio por parte de mis suegros, la iglesia alquilada, las madrinan confeccionándose sus cursis vestidos de gasa, y un departamento con contrato firmado, ya no era cosa de tomar el autobús y largarse a Acaponeta, Nayarit, por ejemplo, o siquiera a Cuernavaca, de manera que no me quedaba otro recurso que conseguir ese dinero que me hacía falta para pagar una cama y tres sillas que las mueblerías se negaban rotundamente a fiarme. Un amigo me dijo: ¿Por qué no escribes para cine? ¡Magnífico!, respondíle, y me lancé a escribir un argumento que me parecía muy hermoso. Cuando lo terminé me dirigí lleno de alborozo a los Estudios Churubusco a ver a un productor al cual había sido recomendado por ese mismo amigo que me dio la idea. Después de tres horas de antesala me recibió el señor productor fumando un apestoso puro. “Ya me dijeron que escribe usted muy bien, joven. El cine mexicano necesita sangre nueva. Bienvenido sea usted a esta gran familia chocolatera y cinematográfica.” Lleno de optimismo por aquel exordio tan amable, le tendí mi manuscrito. El obeso señor comenzó a leerlo y en la página dos su cabeza cayó pesadamente sobre el escritorio. Creí que había sufrido un infarto, y ya iba a pedir auxilio cuando me percaté que sólo estaba dormido como piedra. Esperé otras tres horas a que despertara y cuando lo hizo se me